

VARIEDADES DEL ESPAÑOL ACTUAL

Dentro del español propiamente dicho hablado en la Península Ibérica, se distinguen tres grupos dialectales:

a) el grupo asturiano-leonés, con características propias bien definidas particularmente en las zonas occidentales de Asturias y León y que en algunos aspectos se acerca al portugués; comprende el asturiano y el leonés, con el mirandés (dialecto de Miranda do Douro, en Portugal);

b) el grupo navarro-aragonés, con características propias bien definidas particularmente en el Alto Aragón y que en algunos aspectos se acerca al catalán;

c) el castellano. Son subdivisiones del castellano los dialectos de Burgos, de Álava, el soriano, el riojano y el andaluz (con el canario). Este último, como también el extremeño meridional y el murciano, se distinguen, entre otras cosas, por conservar formas más antiguas del castellano. También hay que considerar como subdialectos castellanos, a pesar de contener también elementos de otros dialectos, los hablados fuera de España, es decir, el español de América, el judeo-español y los varios españoles criollos (el "papiamentu" de Curazao, el tagalo-español de las Filipinas).

El extremeño septentrional (prov. de Cáceres) se acerca más al grupo asturiano-leonés que al castellano propiamente dicho. El extremeño meridional, como se ha visto, pertenece a los subdialectos meridionales.

El aranés, hablado en el valle de Arán (prov. de Lérida), aun perteneciendo políticamente a España, lingüísticamente pertenece más bien al galo-romance y precisamente al grupo dialectal occitano (gascón).

Por lo que nos interesa en la historia de la lengua, nos ocuparemos en primer lugar del castellano, es decir, del dialecto que dió origen al idioma español literario y común, aun sin ignorar los aspectos más característicos de los demás dialectos.

II - EL LATÍN

Su posición en el dominio indoeuropeo.-Principales características de su estructura y líneas esenciales de su evolución.-

La historia del español empieza para nosotros en Roma, donde empieza también la historia de los demás idiomas que, justamente por un término derivado de Roma, se llaman romances.

Este concepto de romance tenemos que aclararlo. El adjetivo romance procede de un adverbio latino de la edad imperial, romanice, derivado del adjetivo romanicus, que significaba "romanamente". Este adverbio se asociaba comúnmente al verbo loqui (hablar), pues se oía comúnmente la expresión romanice loqui (hablar romano) a barbarice loqui (hablar "bárbaro"). En el comienzo nuestro adverbio se refería a la lengua latina hablada y sólo más tarde se opuso al hablar romanice al latín literario, por lo cual en la Edad Media romance empezó a significar algo distinto del latín. Se comienza a llamar romance a la lengua latina hablada corrientemente y latín a la lengua literaria y la diferenciación aumenta a medida que pasa el tiempo, por la transformación cada vez más rápida de la lengua hablada, tanto que en determinada época el término romance ya no designa una lengua única y más o menos unitaria, sino varias lenguas. O sea las distintas formas adquiridas por el latín hablado en los varios países románicos.

Hemos visto que el adverbio romanice se deriva del adjetivo romanicus; éste procede a su vez del adjetivo romanus (< Roma), del cual se deriva también el nombre Romania.

En el comienzo se llamaban Romani solamente los habitantes de Roma, pero poco a poco romanus empezó a significar súbdito del Imperio Romano. El nombre se afirmó sobre todo en Italia, donde el pueblo no latino prefería ese término, que se refería a la capital, al vocablo latinus, que implicaba un concepto de nacionalidad. Esta situación que al nombre Romani logra paso a paso queda consagrada por

el Edicto del emperador Caracalla que otorga ciudadanía romana a todos los súbditos del Imperio: "In orbe Romano qui sunt ex constitutione Imperatoris Antonini cives Romani effecti sunt" (Ulpiano).

El nombre de Romani se conserva luego hasta la Edad Carolingia y hasta la restauración del Imperio Romano de Occidente por Carlomagno.

Sobre la base del adjetivo Romanus se forma un término nuevo para designar el territorio habitado o dominado por los Romanos, según el modelo de Britannia, Gallia, Graecia: así como de Galli se forma Gallia y de Graeci se forma Graecia, de Romani se forma Romania, para indicar todo el Imperio Romano, como dominio opuesto al territorio de los bárbaros. Luego, cuando, en el año 330 d.d.C., la capital del Imperio se traslada a Constantinopla, también los griegos aceptan este nombre, llamándose el Imperio de Oriente Romanía (con acento griego, en vez de Romania, que es la forma con acentuación latina).

Durante varios siglos, la lengua latina hablada, en vez de llamarse latín (latina lingua), se llama Romana lingua. Sólo después de Carlomagno y la división del Imperio entre sus hijos, el nombre de romano pierde su fuerza y se puede decir que en el mundo de occidente sólo hay pueblos que se llaman con nombres regionales: no hay más romanos, sino sólo franceses, lombardos, catalanes, provenzales, etc. El nombre de romano se conserva sólo en algunas pocas regiones del Imperio, como la región del Adriático que se llama hasta hoy Romagna. (pero este nombre, a pesar de su acento latino, más bien que coincidir con el latín Romania, reproduce el nombre griego de Romanía dado a esa región en la época gótica, para significar que pertenecía a los Romanos, o sea al Imperio Romano de Oriente). Conservan, además, el nombre los rumanos y su país, Rumania, y una parte de la población romanizada de Suiza que llama su lengua romauntsch. En todo el resto del territorio romano el nombre desaparece.

LÍMITES ACTUALES DEL TERRITORIO ROMANCE

El territorio "latino", es decir, habitado por poblaciones de lengua romance, comprende actualmente:

- 1) la antigua Iberia con exclusión de la zona vascuence.
- 2) casi toda la antigua Galia, menos la región de los vascos franceses de los Pirineos, la Bretaña, una zona del actual departamento de Pas-de-Calais, alrededor de Dunkerque, donde viven flamencos, y una gran parte de Alsacia y Lorena, donde viven un millón de alemanes (entre las ciudades principales de estas regiones, Metz es francesa y Estrasburgo alemana).
- 3) en Bélgica el territorio romance comprende la zona llamada Valonia, cuyas ciudades principales son Lieja, Namur y Charleroi. El resto de Bélgica es flamenco. El francés es, sin embargo, una de las dos lenguas nacionales de Bélgica.
- 4) en Suiza el territorio romance comprende los cantones de lengua francesa, con las ciudades de Ginebra, Lausana, Neuchâtel (y también parte de los cantones de Friburgo y Berna), así como el cantón Ticino (de habla italiana) y algunos valles en la antigua Recia, donde hay poblaciones que hablan retorromance.
- 5) en Italia el territorio romance ocupa, prácticamente, todo el país, menos algunas islas alógenas griegas y albanesas en Sicilia, Calabria y Apulia, algunos pueblos de lengua croata en la misma Apulia, el Alto Adige o Trentino, donde gran parte de la población habla alemán, y gran parte de Istria y de la zona de Trieste, donde viven eslovenos y croatas.
- 6) en Rumania el territorio romance ocupa casi todo el país, menos una zona central de Transilvania, habitada por húngaros y alemanes, y algunas otras islas alógenas (húngaras, alemanas, búlgaras, turcas).
- 7) en la U.R.S.S. el territorio romance abarca la mayor parte de la República Moldava, de habla rumana.
- 8) en la Península Balcánica el territorio romance abarca las varias zonas de habla rumana que se encuentran en Yugoslavia, Bulgaria, Grecia y Albania (particularmente en Macedonia, donde una parte de la población es constituida por los macedo-rumanos, es decir, rumanos de Macedonia).

El territorio romance comprende además las islas de lengua

francesa cerca de Normandía, que pertenecen a Inglaterra (Jersey y Guernesey) y también las zonas donde viven judíos españoles (en Constantinopla, Salónica, etc.).

Fuera de Europa, el territorio romance comprende todos los países de lengua española o portuguesa (con excepción de las zonas habitadas exclusivamente por indígenas unilingües), parte de las Filipinas, las colonias españolas y portuguesas, así como las colonias francesas en África y Asia, las islas francesas cerca del Labrador (Saint-Pierre y Miquelon), las Antillas Francesas (en particular la Martinica), la república de Haití y una parte de Canadá, en las zonas de Montréal y Québec, donde el francés es lengua familiar y de cultura. En cambio, se ha perdido casi por completo la colonización francesa en Estados Unidos que tenía su centro en ^{Baton Rouge} ~~Saint-Louis~~ (la Luisiana).

El territorio romance actual no corresponde al territorio del antiguo Imperio Romano, del que se han perdido por completo el África del Norte, donde sólo más recientemente ha habido una colonización francesa (y también española e italiana), y otras zonas completamente romanizadas en la edad imperial, como el norte de los Balcanes (Yugoeslavia y Bulgaria actuales). De las zonas no completamente romanizadas, se han perdido Britania, Germania y Panonia (actual Hungría). En cambio, la romanidad ha adquirido todo el territorio romance fuera de Europa, sobre todo gracias a la colonización española y portuguesa y, en parte, también a la francesa, la cual sufrió un golpe muy duro después de la Guerra de siete años, en la que tuvo que ceder a Inglaterra el Canadá y las Indias.

En el resto del antiguo Imperio, han quedado apenas huellas del latín en el alemán y en el inglés (nombres de localidades que terminan en chester, de castrum, o comunes, como street, que procede del latín strata), como indicios de la perdida romanización. Grecia y el Oriente griego no fueron nunca romanizadas.

LOS LATINOS Y LOS PUEBLOS DE LA ANTIGUA ITALIA.

La conquista romana salió de una única ciudad: Roma. Si consideramos Italia alrededor del siglo V a.C., comprobamos que a 40

kms. al N y S de Roma, se hablaban otros idiomas, no latinos. Ese momento representa el punto más bajo de la latinidad, dado que más antiguamente los latinos ocupaban un territorio más vasto. Los latinos pertenecían a un grupo de tribus indoeuropeas que invadieron Italia antes del 1000 a.C., probablemente alrededor del 1300 a.C.

La lengua de esas tribus pertenecía al grupo llamado occidental de las lenguas indoeuropeas, es decir que tenía más afinidad con el griego y el germánico que con las lenguas orientales, como el eslavo o el sánscrito, y dentro del grupo occidental tenía más afinidad con el céltico y sobre todo con los dialectos llamados itálicos.

Al invadir Italia, los latinos - o, mejor, pre=latinos - encontraron en la Península varias poblaciones autóctonas o que habían llegado antes que ellos. Todo el norte y el centro de Italia estaban ocupados por los etruscos, una población no-indoeuropea, probablemente procedente del Asia menor. La actual Liguria, las islas de Córcega, Cerdeña y Sicilia y una parte de la Italia meridional estaban ocupadas por poblaciones mediterráneas pre-indoeuropeas, quizás autóctonas, por lo menos en parte. Tal vez se encontraran ya en Italia también ciertas poblaciones indoeuropeas, como los Vénetos (en el actual Véneto) y poblaciones ilíricas, como los Iapigios y Mesapios (en la actual Apulia).

Los pre-latinos llegados a Italia se extendieron por toda la Península, llegando hasta Sicilia y sobreponiéndose a las poblaciones precedentes, pero en muchas zonas fueron rápidamente absorbidos por éstas.

Particularmente en el Norte, los prelatinos fueron rápidamente absorbidos por los Etruscos y en el Sur por las poblaciones mediterráneas.

Un grupo pequeño de tribus pre-latinas subsistió durante algún tiempo en Recia (Alpes). Otro grupo, que encontramos más tarde bajo el nombre de Latinos y Faliscos, resistió victoriosamente a la presión etrusca en la Italia Central, en las orillas del Tíber (la zona que se llamaría más tarde Lacio). Finalmente, un tercer grupo (principalmente los Sículos, pero también otras poblaciones, como los Ausonios), subsistió durante varios siglos en Lucania, Calabria

y, particularmente, Sicilia. Por esto se suele designar a esos prelatinos con el nombre de latino-sículos.

Algunos siglos más tarde, llegan a Italia otros pueblos, también indoeuropeos y parientes de los latinos ya desde la época de la comunidad indoeuropea. Estos pueblos, que son los que se llamarán itálicos, se extienden ellos también por toda la Península y, como los latinos, son absorbidos, en parte, por otros pueblos, pero ocupan sólidamente la Italia Central y meridional. En la Italia Central (actual Umbria y parte de la región llamada actualmente Marche) encontramos en época histórica a los Umbros, y al Sur de ellos (actual Abruzzo) a los Sabinos y a otras poblaciones sabélicas (Marsios, Pellignios, Marrucinos, Vestinos, Picenos, etc.), mientras inmediatamente al Sur de Roma se encuentra un pueblo más cercano a los Umbros que a los Sabelios: los Volscos.

En la Italia del Sur se establecen otras poblaciones itálicas, las llamadas poblaciones samníticas (Oscos, Frentanos, Irpinos, Campanos, etc.). En esta región, los itálicos eliminan totalmente la precedente capa latino-sícula. La lengua de las poblaciones samníticas suele llamarse osco.

Estos pueblos itálicos, parientes de los latinos, son muy importantes porque dieron muchos elementos a la lengua latina, y la larga convivencia aumentó más todavía la afinidad de los dialectos latinos con los de estas poblaciones (dialectos osco-umbros), tanto que algunos lingüistas han pensado y piensan todavía que se tratara de poblaciones que habían llegado a Italia contemporáneamente con los latinos, con los cuales habrían constituido un único pueblo, y que sólo después sus lenguas se habrían diferenciado. Actualmente, sin embargo, parece más probable la tesis que hemos expuesto.

Los dialectos itálicos nos son conocidos imperfectamente: el osco por una serie de inscripciones breves y fragmentarias; el umbro por las famosas Tablas Iguvinas (Tabulae Iguvinae), descubiertas en 1444, en Gubbio (Umbria), que contienen el texto de un ritual sagrado.

Entre las otras poblaciones de la antigua Italia, hay que nom-

brar en primer término a los Etruscos, acerca de cuyo origen se sabe muy poco. Hoy se acepta casi generalmente la tesis de los antiguos, según la cual los Etruscos procedían del Asia Menor: en efecto, inscripciones parecidas a las etruscas se han encontrado en islas del Egeo. Se trataría, pues, de un pueblo asiático o anatólico. Esta tesis se admite hoy por la mayoría de los estudiosos, a pesar de que se le oponen varias objeciones, en primer lugar la objeción de que los Etruscos nunca fueron un pueblo de marineros (en Italia no tenían ningún puerto, si se exceptúa Populonia).

Los Etruscos nos han dejado unas 7000 inscripciones, que van del 500 a.C. a los primeros años del Imperio Romano. Son inscripciones muy breves y, aunque se conoce su alfabeto (derivado del griego) y a pesar de los esfuerzos que se han realizado, quedan en gran parte ininteligibles. (Es interesante observar que, si se conoce la estructura de la lengua, se puede llegar a descifrar un texto cuya escritura se ignora, mientras lo contrario resulta mucho más difícil). El texto más largo del etrusco es el que se llama Texto de la Momia de Agram o Zagreb. Es un texto escrito en un lienzo que envolvía una momia encontrada en Egipto y que actualmente se halla en el museo de Zagreb (Yugoeslavia). Ese texto ha dado lugar a toda clase de hipótesis e interpretaciones, pero no se puede decir que haya sido descifrado. Hasta que el desciframiento del etrusco - que no deja de progresar, aunque lentamente - no llegue a resultados más amplios y seguros, será difícil establecer con exactitud el influjo de los etruscos sobre la cultura y lengua latinas. Que ese influjo tuvo que ser notable parece fuera de duda. Es probable que los Latinos hayan tomado de los Etruscos muchas costumbres e instituciones, entre otras el teatro, como lo indicaría la palabra persona (máscara, personaje), de origen etrusco. Así también, en el alfabeto latino hay que admitir por lo menos influencia etrusca, si se acepta que los Latinos no lo tomaron de los Etruscos sino directamente de los griegos de Cuma, de los cuales lo habían tomado también aquéllos.

Se conoce muy poco acerca de las relaciones políticas y de todo orden de los Etruscos con los Latinos. Parece que alrededor

de 800 a.C. los etruscos empezaron un movimiento de expansión, llegando de Italia Central a Cerdeña y Córcega y a la Campania (Italia Meridional). Así también, parece que alrededor de 600 a.C. los Etruscos se hicieron dueños de Roma. Es probable que los últimos tres reyes legendarios de Roma fueran etruscos, particularmente los dos Tarquinius, cuyo nombre es etrusco. La expansión etrusca en Italia Meridional fué detenida y destruída por los griegos de la Magna Grecia; el choque importante fué la batalla de Cuma (474 a.C.). Quedaron de esta manera los Etruscos sobre todo en la Italia Central, donde su nombre se conserva hasta hoy en el nombre de la región de Toscana. De todas maneras, al comienzo de la época histórica encontramos a los Etruscos muy cerca de las puertas de Roma, a unos pocos kilómetros al Norte de la ciudad.

En la Italia meridional, al Sur de las poblaciones samníticas y en parte mezclados con ellas encontramos al comienzo de la época histórica a los griegos de la Magna Grecia, que ocupan Sicilia, Calabria y parte de Apulia, la actual Lucania y parte de Campania y tienen centros muy importantes como Siracusa, Agrigento, Tarento, Crotón, Nápoles y Cuma. El griego que se hablaba en esas regiones tenía características dóricas y se llegó en la Magna Grecia a la formación de una verdadera koiné dórica. La colonización griega en Italia tiene orígenes muy antiguos: parece que empezó antes del año 1000 a.C. (la ciudad de Cuma había sido fundada en 1035 a.C.).

En la misma Italia meridional, y precisamente en Apulia, se encuentran en época histórica dos poblaciones ilíricas, los ya nombrados Iapigios y Mesapios, que nos han dejado unas cuantas inscripciones. Parece que también los Ilirios tuvieron una difusión más amplia, particularmente en la zona centro-oriental de la Península (Piceno) y ciertas poblaciones ilirias habrían llegado hasta Roma.

En la Italia Septentrional (Véneto) encontramos en la época histórica a los Vénetos, otra población indoeuropea, que también nos ha dejado cierto número de inscripciones. Algunos estudiosos los consideran ilirios, pero parece más bien que se trata de un grupo autónomo dentro de las poblaciones indoeuropeas (su lengua es centum y no satem, como la de los Ilirios). En los Alpes orientales vi-

vían los Recios, en los cuales también se ha querido ver una población ilírica: parece casi seguro hoy que se tratara de una población pre-indoeuropea, tal vez del mismo grupo de los ligures, o, de todos modos, de una población no-indoeuropea, quizás pariente de los Etruscos.

En Liguria encontramos, en los siglos protohistóricos y en el comienzo de la época histórica, a los Ligures, una población mediterránea, quizás en parte indoeuropeizada. Son ligures las inscripciones llamadas leponcias. Otras poblaciones "mediterráneas" se encontraban en las islas, y particularmente en Cerdeña, donde parece que persisten hasta varios siglos d.d.C.

La Italia prehistórica y de los primeros siglos históricos se nos presenta, pues, como un mosaico de poblaciones y lenguas. Evidentemente, el latín, sobreponiéndose a ellas, no pudo dejar de sufrir su influencia. Por eso encontramos en latín elementos procedentes del substrato no-indoeuropeo y de los varios adstratos (particularmente elementos dialectales osco-umbros) que tendrán luego su continuación en las lenguas romances.

LA CONQUISTA LATINA

En el siglo VI a.C. los Latinos se encuentran sólo en el Lacio, donde tienen la ciudad de Alba Longa y la nueva ciudad de Roma. En este mismo siglo, Roma unifica a los Latinos, es decir, ocupa las demás ciudades latinas, en una época que queda más o menos en la leyenda. En el siglo V a.C. Roma empieza las guerras de conquista contra los pueblos itálicos (Umbros y Sabelios), en primer lugar contra los Ecuos y Volscos, ocupando la principal ciudad de estos últimos, Veii. En la segunda mitad del siglo IV a.C., se desarrollan las guerras samníticas (343-290 a.C.), con las cuales los Romanos conquistan Campania y Apulia. En el siglo III a.C. Roma ocupa la Magna Grecia, después de las guerras contra Tarento y Siracusa (ocupación de Sicilia: 241 a.C.). La ocupación de Sicilia no fué, por otra parte, sino un episodio de las guerras contra Cartago, llamadas guerras púnicas (264-241 a.C., 218-201 a.C. y 149-146 a.C.), que terminan con la afirmación del predominio romano en el mundo antiguo: la segunda

guerra púnica lleva a los Romanos a Iberia y, a pesar de las derrotas que Aníbal inflige a los ejércitos romanos (en particular, Canas , 216), termina con la victoria romana de Zama (202 a.C.); la tercera termina con la destrucción de Cartago y la afirmación de la supremacía romana en África septentrional. Durante las mismas guerras púnicas y en el período entre las últimas dos, los Romanos ocupan Córcega y Cerdeña, la Italia septentrional, Iliria (167 a.C.) y Grecia (198-146 a.C.).-

Por otro lado, las guerras púnicas producen un clima de inestabilidad en Italia: estimulados por las victorias de Haníbal, los pueblos itálicos se unen en una liga y se rebelan contra Roma (216). A pesar de las sucesivas victorias romanas, la total sumisión de los itálicos no se alcanzará sino con la guerra social y la destrucción de los Samnitas por Sila (90-89 a.C.). (Durante la segunda guerra contra los itálicos ocurre un hecho muy importante también para la historia lingüística: la extensión de la ciudadanía romana a todos los itálicos que habían quedado fieles a Roma, por medio de la famosa Lex Iulia de civitate).

A fines del siglo III a.C., durante y después de la segunda guerra púnica, los Romanos ocupan la Italia septentrional, donde encuentran a otro pueblo indoeuropeo: los Celtas. Según Tito Livio, los Celtas habrían invadido Italia alrededor de 600 a.C., en tiempos de Tarquinio Prisco (616-570 a.C.); según otros autores, dos siglos más tarde. En 390 los Celtas (Galos) ocupan Roma, pero son rechazados luego hacia el Norte de Italia, donde dominan durante casi dos siglos la llamada Galia Cisalpina, cuya conquista empiezan los Romanos durante la segunda guerra púnica. En 222 los Romanos ocupan el importante centro celta de Milán (Mediolanum) y en 191 toda la Galia Cisalpina es romana. El Véneto, aliado de Roma ya desde 225, es ocupado en 181 y la Liguria en 180 a.C., con lo cual los Romanos terminan la ocupación de Italia.

También la ocupación de la Península Ibérica ocurre durante la segunda guerra púnica. Los Romanos empiezan a intervenir en España en 226, como aliados de Sagunto contra los Cartagineses. En 218 los Romanos desembarcan en Ampurias y doce años más tarde, en 206, Esci-

pión el Africano, con la conquista de Gades, establece oficialmente el dominio romano sobre toda la Península. En realidad se trata de una conquista del litoral oriental y meridional, que continúa hacia el Centro y el Occidente de la Península durante casi todo el siglo sucesivo, con una lucha de varios decenios contra los Lusitanos y los Celtíberos, que culmina con el sitio y la destrucción de Numancia (133 a.C.). La resistencia de los Cántabros y Astures dura aún más, terminando sólo bajo Augusto (24-19 a.C.). De todos modos, la conquista de buena parte de España es casi contemporánea a las últimas conquistas romanas en Italia (es decir que la romanización de por lo menos ciertas zonas de España es casi contemporánea a la romanización de la Italia septentrional)

Sólo más de medio siglo más tarde empieza la conquista de la Galia, con la ocupación de la Galia Narbonensis (actual Provenza, nombre que la indica como la "provincia" por excelencia, por ser la primera provincia romana fuera de Italia). Un siglo más tarde, los romanos conquistan toda Galia con las guerras de César (59-51 A.C.) el cual, además, lleva las legiones romanas a Britania.

La expansión romana hacia Oriente, empezada en el siglo II a.C., con la conquista de Iliria y Grecia, continúa con la ocupación de otras zonas grecizadas, que los Romanos no conquistarán nunca lingüística y culturalmente, y, finalmente, con la conquista de Dacia (actual Rumania, 105-107 d.C.)

En lo que respecta a la romanización de esas regiones, hay que notar que Italia y gran parte de Iberia se terminan de romanizar casi contemporáneamente, a fines del siglo I a.C., mientras que en otras regiones, como África, la romanización es completa sólo en el siglo V d.C.-

A pesar de la resistencia que las poblaciones ibéricas opusieron a la conquista romana, la romanización de Iberia fué bastante rápida y muy profunda. En el año 74 d.C. el Emperador Vespasiano otorga la ciudadanía romana a los ibéricos y enseguida esas poblaciones empiezan a participar en la vida política y comercial del Imperio, ya como romanos. Son de origen ibérico emperadores como Trajano y Adriano y escritores como Séneca, Marcial, Lucano, Quintiliano y otros.-

La única región ibérica que queda no romanizada, por encontrarse fuera de las grandes vías de comunicación y protegida por las montañas, es la zona vascuence, que se ha romanizado muy de a poco y que se sigue romanizando hasta los últimos tiempos.

EL LATÍN.-

Encontramos el latín en los primeros tiempos históricos en Roma y sus alrededores, y precisamente en la orilla izquierda del Tíber, en un territorio limitado por el curso inferior del Río Aniene, los Montes Sabinos y el mar. Del otro lado del Tíber encontramos un dialecto parecido, al latín: el falisco; este dialecto se extiende entre el Tíber y el monte Soracte.

El pueblo que habla el latín es un pueblo sin unidad: se trata de un grupo de tribus, y los antiguos, refiriéndose a ellas, hablan de "triginta populi latini", es decir, treinta tribus, unidas vagamente por lazos político-religiosos en una especie de Confederación con el centro en la ciudad de Alba Longa.

Lo que desde el comienzo determina el destino del latín es su posición central en Italia, cerca del mar, a orillas del Tíber, y además su posición intermedia entre los dos centros culturales más importantes de la antigua Italia: la Magna Grecia y Etruria. Allí, en el camino entre esas dos regiones, alrededor del puente del Tíber, se fundó Roma, según la leyenda, en el año 753. Un hecho que caracterizará al latín de que desde el comienzo Roma es una ciudad de población mixta: en la nueva ciudad habitan no sólo latinos, sino también sabinos y etruscos.

El latín que nosotros conocemos mejor es el latín literario al que encontramos todavía en una fase de formación en los primeros tiempos de la literatura latina, bajo la forma del llamado latín arcaico de escritores como Plauto y Ennio. Este mismo latín es el que sigue desarrollándose como lengua literaria y de cultura, hasta llegar, en los últimos años de la República y los primeros del Imperio, a la forma llamada latín clásico, el latín de Cicerón, Virgilio, Horacio. Sucesivamente, el latín literario entra en una fase de decadencia, en los siglos sucesivos del Imperio, para terminar con el llamado bajo latín medioeval. Però este latín literario no es todo el latín; es, en parte, oficial o, por lo menos, fijado en determinadas formas que cambian muy lentamente,

como acontece con toda lengua literaria. Nosotros trataremos, en cambio, de aclarar lo que es el latín sin adjetivos, el latín en su totalidad, para luego tratar lo que se llama latín popular, término que en parte es arbitrario. Todo esto para precisar en qué sentido las lenguas romances, y en particular el español, constituyen una continuación del latín.-

CARACTERÍSTICAS DEL LATÍN.-

EL LATÍN es una lengua indoeuropea del grupo llamado centum, es decir, del mismo grupo al que pertenecen el céltico, el germánico, el tochario y el hitita. Como lengua indoeuropea, el latín es una lengua marginal y por tanto, según las normas areales, es de tipo arcaico. Es una lengua en gran parte conservadora. Así, por ej., en el campo fónico conserva los fonemas labiovelares kw, gw, que en varias lenguas romances se conservan hasta la actualidad. También aparece conservador el latín en el vocabulario: es una de las lenguas que conservan mejor el léxico indoeuropeo común. No aparece tan conservador, en cambio, en la morfología, donde encontramos la reducción de los ocho casos indoeuropeos a seis; de los números, de tres a dos, y en la estructura misma del verbo se sustituye el sistema de aspectos por el sistema temporal.-

El latín aparece como una lengua de tipo rústico; sobre todo en sus comienzos, es una lengua pesada, más bien seca y árida. Le falta la expresión llena de imágenes y la agilidad que tiene el griego, esto último por la construcción muy complicada, por la tendencia al período hipotáctico. También es rústico el fondo lexical del latín. Muchas palabras latinas que actualmente son términos doctos tienen origen plebeyo: la palabra egregius, por ejemplo, es una imagen de la vida pastoril: etimológicamente quiere decir "animal que se aleja del rebaño", y el mismo origen popular se encuentra en muchas palabras latinas. El latín se culturaliza de a poco y se vuelve más flexible, a través de los contactos con las lenguas mediterráneas, con el etrusco y sobre todo con el griego, y también por el mismo proceso cultural romano.-

EVOLUCIÓN DEL LATÍN

Por lo que concierne a la posición del latín entre las lenguas indoeuropeas occidentales, siguen constituyendo problemas las llamadas

unidad italo-céltica y unidad itálica, y no problemas de lingüística solamente sino también de prehistoria y arqueología.

La unidad lingüística italo-céltica ha sido sostenida por muchos estudiosos en el siglo pasado y en el nuestro sobre todo por Meillet y por Ribezzo, que han señalado las numerosas isoglosas comunes italo-célticas. Así, por ej. la tendencia a labializar las consonantes labiovelares, que caracteriza los dialectos célticos de Inglaterra y el oscumbro. (Pero las áreas periféricas, tanto del itálico como del céltico, es decir, el latín y el irlandés, no manifiestan esta tendencia; e la manifiestan muy limitadamente: siendo dialectos marginales, conservan formas más antiguas.)

Otra isoglosa es la del genitivo en -ī en los temas en -ō, es decir, en la llamada segunda declinación (lupus, lupī), desinencia que sólo se encuentra en latín y en céltico; el genitivo indoeuropeo era también en este caso en -s, como se conserva en griego. Pero este fenómeno parece secundario, por lo menos en latín; es decir, no sabemos si podemos hacerlo remontar hasta una supuesta unidad italo-céltica, porque en las inscripciones faliscas arcaicas se encuentra el genitivo en -sio.

Otra isoglosa es la del futuro en -bō, (*-bh(w)ō), pero aquí también parece tratarse de un fenómeno secundario, porque el latín antiguo, el oscumbro y el antiguo irlandés presentan el futuro en -sō (latín ant. visō, faxō, videbo, faciam).

Otra isoglosa es la desinencia de medio-pasivo -r (que encontramos en latín en las voces pasiva y deponente); pero esta desinencia no es sólo italo-céltica sino que es una característica arcaica tanto del latín como del céltico y se encuentra todavía, aunque esporádicamente, también en sánscrito, en tochario y en hetita.

En el estado actual de los estudios, parece que entre los dialectos itálicos y los célticos existe una afinidad por el carácter arcaico y marginal de ambos grupos. Pero las isoglosas indicadas no son suficientes para establecer una unidad lingüística italo-céltica y menos aún una unidad étnica.

El problema se conserva distinto por lo que concierne a la unidad itálica, es decir, a una antigua unidad entre el latino-sículo y el oscumbro, que presentan toda una serie de caracteres comunes.

En el campo fónico, las principales isoglosas son: transformación de r, l (r, l sonantes) en or, ol; -tl- int. > kl; conservación de la m final, como en iranio e indio (mientras en griego > a; cf. lat. patrem, gr. patéra); tendencia a la aspirantización de las aspiradas, (por ej., dh > f; cf. gr. thymos, lat. fumus.) Otra característica importante es la debilitación de las vocales postónicas, que comprobamos en latín, por ejemplo, en los verbos compuestos con prefijo; el latín arcaico tenía el acento en la sílaba inicial y eso producía la debilitación de la vocal postónica (cf. facio, conficio.)

Más importantes todavía son las isoglosas itálicas en la morfología. Así, por ej., la desinencia -od en el ablativo de los temas en -ō, ej.: lat. antiguo hortōd > lat. clásico hortō, y la extensión de la misma desinencia -d a los temas en -a (ej.: aquilād > aquilā); la desinencia del genitivo plural en -asum (que en latín se transforma luego en -arum); el instrumental en -is (< -eis - -ois), temas en ō y su extensión a los temas en -ā (con función de dativo, ablativo y locativo, además de instrumental); el pronombre interrogativo indefinido kw, kwi sustituye el relativo indoeuropeo *io, fenómeno que se observa también en otras lenguas indoeuropeas. En la estructura del verbo, es una isoglosa itálica la prevalencia del concepto de tiempo sobre el concepto de aspecto y la construcción de paradigmas paralelos sobre dos temas: uno para el infectum (tema del presente y del futuro) y otro para el perfectum.

También son importantes las isoglosas lexicales. Por ej., un término tan característico como el nombre de la mano, que es distinto en los ^{varios} idiomas indoeuropeos, en latín y en oscumbro es idéntico (lat. manus, ou. man-; cf. también lat. cēna, o. karsnu; u. šesna; ārā, ou. āsā; via, o. viū, u. via; etc.)

Pero hay también notables diferencias entre los dos grupos. Una de las más importantes es el distinto tratamiento de las labiovelares kw, gw, que en latín se conservan y en oscumbro se labializan (gw > b,